

El concepto de Dios en la filosofía cartesiana y su sinonimia con la ciencia moderna

Deivy Fabian Lascano Jaimes

Facultad de Ciencias Humanas

Escuela de Filosofía

Dra. Patricia Carreño Zúñiga

Bucaramanga, Colombia

25 de octubre 2022

Resumen

El problema principal del presente estudio muestra la ruptura entre el pensamiento medieval y el pensamiento moderno y la repercusión de esta situación de ‘brecha’ epistemológica en la incipiente ciencia moderna de los siglos XVII y XVIII a partir del planteamiento teórico cartesiano. La nueva postura y el nuevo concepto de Dios elaborado por René Descartes implica el crucial objetivo del siguiente trabajo de investigación en su modalidad de artículo académico. La presente lectura de la filosofía de Descartes intenta analizar el concepto de Dios en el desarrollo de su filosofía y de sus pretensiones de edificación de las ciencias modernas. Intentamos ofrecer una explicación del desarrollo metafísico ofrecido a la idea de la principal de las tres sustancias planteadas por el filósofo educado en la Escuela de La Flèche. El impacto recibido por los estudiosos en los nuevos enfoques en filosofía y en la incipiente ciencia moderna marcarían el tránsito que se despide de una época e inicia con otra portentosa para la organización de todo saber o conocimiento. El Concepto de Dios llama la atención para su estudio en la medida en que se convierte en la piedra angular de la teoría epistemológica de Rene Descartes, con lo que, de paso, y a partir de sus aciertos y errores (más de los segundos que de los primeros), señala los derroteros para el surgimiento de las “nuevas ciencias” modernas.

Palabras clave: Dios, ciencia universal, modernidad, escolasticismo, método cartesiano, matematisismo, causalidad, escepticismo, conocimiento.

Abstract

The main problem of the present study shows the rupture between medieval and modern thought and the repercussion of this epistemological 'gap' situation in the incipient modern science of the seventeenth and eighteenth centuries from the Cartesian theoretical approach. The new position and the new concept of God elaborated by René Descartes implies the crucial objective of the following research work in the form of a scholarly article. The present reading of Descartes' philosophy attempts to analyze the concept of God in the development of his philosophy and his claims for the edification of modern sciences. We attempt to offer an explanation of the metaphysical development offered to the idea of the principal of the three substances put forward by the philosopher educated at the School of La Flèche. The impact received by scholars in the new approaches in philosophy and in the incipient modern science would mark the transit that bids farewell to an era and begins with another portentous one for the organization of all knowledge or knowledge. The Concept of God draws attention to its study insofar as it becomes the cornerstone of the epistemological theory of Rene Descartes, with which, incidentally, and from its successes and errors (more of the latter than the former), it points the way for the emergence of the "new modern sciences".

Key words: God, universal science, modernity, scholasticism, Cartesian method, mathematicism, causality, skepticism, knowledge.

Tabla de contenido

Introducción.....	5
La Irrupción De Los Principios Modernos En El Estudio Cartesiano.....	10
La Preeminencia Del Sistema Racional Fundamenta La Modernidad Cartesiana	25
El Concepto De Dios Como Necesidad Para La Unificación De Las Ciencias.....	33
Conclusiones	47
Referencias.....	54

Introducción

El presente estudio pretende exponer de modo argumentativo el planteamiento realizado por René Descartes (1596- 1650) en torno a la idea de Dios. Sostenemos que Descartes configura un escenario conceptual de la idea de Dios, al extremo de representar el núcleo del quehacer filosófico del nacido en Turena. La lectura realizada desde nuestro enfoque intenta abordar la estructura del método cartesiano empleado para la investigación de la ciencia y su posterior repercusión en la estructura del pensamiento moderno. Será importante señalar de qué modo se han organizado los debates más cruciales al interior de nuestros entornos científicos de la actualidad y observar, qué de esos entrañables comienzos de la nueva era de las incipientes ciencias modernas, repercute en nuestros debates sobre lo científico, lo válido y lo verdadero. No obstante, quisiéramos detenernos en las repercusiones más inmediatas en el siglo del autor de estas ideas y del posterior siglo XVIII. Fueron estos tiempos, los de los albores de la ciencia moderna en los que se concluyó con el experimento pre-moderno, en la agónica baja Edad Media, y se empezó a señalar el camino de los futuros debates y epistemologías o posturas sobre el conocimiento. Siempre retornando bajo el dominio de las herramientas y contextos propios de cada época; de modo que, no entraremos en el terreno de las epistemologías del siglo XX, no es éste el terreno del enfoque presente, la línea de investigación señala que el presente estudio entra en la órbita de la historia de las filosofías.

El presente enfoque se limita al periodo tardo medieval o de la baja edad media en sus últimos años puesto que alumbra el nacimiento de los protagonistas de la nueva historia, la moderna. Obviamente, no podremos deslindarnos de nuestro presente y desde la postura de nuestro siglo y nuestro tiempo cuestionaremos sobre la repercusión de este proceso y sus frutos o resultados para el avance y progreso o retroceso: evolución e involución en el desarrollo de la

ciencia y de los relatos sobre la misma. Importa aquí en primer renglón, mostrar el tránsito de una época fatigada por esquemas reiterativos en el ámbito del avance o progreso del conocimiento hacia una época herética, en el sentido dominante de la época, es decir, como adversario epistémico y doctrinal que podría poner cabeza abajo el esquema reinante por siglos.

Dios para Descartes es la idea formal, entidad o realidad que se convierte en punto de partida y llegada, como concepto condiciona las posibilidades y ofrece las pruebas de la realidad, del mundo, de los fenómenos y de los relatos sobre todo este ecosistema conceptual. Varias son las objeciones desde un punto de vista actual si partiéramos de la idea de Dios sin una reflexión de los sentidos que ofrecen los pensadores en la historia de la filosofía. De ahí que, la prueba de la herejía de Descartes es la improvisación de los sentidos conceptuales otorgados a la idea que produce la palabra Dios y su cambio de lugar en el esquema epistémico a partir de las nuevas cosechas de la razón, del descubrimiento de la geometría analítica y de la expresión explosiva de cada saber o conocimiento de la época del filósofo francés, puestas en función del progreso de los nuevos tiempos y de las nuevas comunidades humanas. Nuestro interés aquí sería apuntar al desarrollo de este tránsito de época de sentidos conceptuales y la repercusión inmediata hasta el siglo XVIII. Nuestra hipótesis es que el resultado de esta disputa del saber puede estarse repitiendo desde entonces en todos los escenarios del debate sobre el estatus epistemológico de un saber o conocimiento. Insistimos: la lectura realizada obedece al ámbito de la historia de la filosofía, bastará enunciar los presupuestos epistemológicos que serían desarrollados en una futura investigación y pertenecerían a otro lugar.

El estudio cartesiano se caracterizó por implementar la razón como base de sus teorías, por ende, determinaremos cómo se articula la idea de Dios en un sistema racional y cómo permite dar

paso a una ciencia y filosofía modernas a partir de un concepto metafísico. Por consiguiente, el estudio tiene la tendencia de demostrar cómo irrumpe el concepto de Dios en la ilusión cartesiana de unificar las ciencias. El sueño de universalidad tiene como pretensión la objetividad en la investigación de cualquier campo en función y está condicionado bajo un sistema cuyas bases sólidas dirige operativamente, esto es, metódica o metodológicamente, las riendas del conocimiento humano.

La pregunta que siempre alumbró la intención de estudiar a un autor como Descartes fue ¿cómo la concepción cartesiana de Dios puede establecerse en enfoque primordial del nuevo paradigma del conocimiento científico? Y ¿cómo esto supuso la transformación en la investigación filosófica en una época que se erigía como novedosa y moderna? Descartes se encuentra en un momento transitorio entre una época obediente a las verdades reveladas y una época rebelde que cuestiona lo indubitable: todo aquello que hasta entonces se había creído como verdadero, cobra un sentido de incertidumbre y es susceptible de tornarse blanco de ataque de las nuevas posturas críticas. La ‘luz’ del conocimiento como gustaba llamar a Descartes se convirtió en la luz para los estudios de las nuevas corrientes modernas y con todo, señaló también sus momentos de mayor oscuridad para el seguimiento de las mismas.

Por lo anterior, el presente artículo académico tendrá como punto central a identificar ¿Por qué es innovadora la postura metafísica de Dios planteada por Descartes para la transición de las “nuevas ciencias”? Pero a su vez, será necesario investigar si existe una correlación entre el nuevo planteamiento epistemológico cartesiano y el cambio en la nueva estructura de investigación en la filosofía y su posterior repercusión en la ciencia. La relevancia filosófica del desarrollo investigativo de este proyecto, recae en repensar la idea de Dios propuesta por

Descartes como un problema de contexto moderno difícilmente actuante en un escenario de antiguas formas de pensamiento. Tiene también el objetivo de demostrar la importancia de esta nueva concepción dentro de las estructuras filosóficas y científicas planteadas a partir del surgimiento de la modernidad. El límite de nuestra pretensión viene marcado por la posibilidad de presentar una forma de abordar el problema teórico cartesiano, en este caso específico del concepto de Dios como elemento constitutivo en la edificación de las concepciones sobre el conocimiento alumbradas desde los lejanos siglos en los que pensó y escribió Descartes.

En el primer apartado presentaremos el contexto en el que se forma Descartes y la expresión de los nuevos principios que señalan el camino que proseguirá el filósofo francés y con ello toda una época de fieles seguidores y enconados detractores. En un segundo momento, presentaremos la estructura de su sistema racional y cómo de allí se desprenden las bases de la llamada Modernidad europea del siglo XVII y XVIII. Finalmente, y en el tercer apartado presentaremos, cómo el primer momento, el de la irrupción de los nuevos principios; y el segundo momento, el del diseño del método y del sistema racional, no pueden funcionar y no se sostendrían sin el acápite de la exposición de la prueba fundadora de este edificio. A Dios no hay que ponerlo en duda, no es el cometido de la prueba ontológica de la existencia de Dios, como no lo fue en Anselmo: ambos autores partieron de la condición de la existencia de Dios, no se podía dudar de Dios, pero ambos siguieron caminos distintos según el criterio epistémico (antropológico o teológico según el caso), pues su objetivo ético y político apuntaba a horizontes marcados por épocas distintas.

Importa decir que Descartes, por un lado, confronta las teorías religiosas de su época al situar a Dios como elemento transitorio en los cimientos de la nueva estructura del pensamiento

moderno, debido a que, instala el concepto de Dios como argumento ontológico del cual, se desprende y ramifican las posturas modernas de las “nuevas ciencias” que tienen como principio básico el concepto de Dios cartesiano en los desarrollos epistemológicos de la modernidad.

Muchos podrán debatir la relación que sostiene Descartes y el concepto de Dios dominante de su época, pues se evidencia la influencia religiosa en su vida al ser educado en el colegio Jesuita de la Fleché, por lo que, en el discurso antropológico (lo que significa decir, psicológico, ético y político) y formal mantiene un vínculo estrecho con las normatividad y legalidad jurídica de su momento, relacionado con el concepto cristiano de Dios: tal es la atmósfera de ‘civismo’ que representa la época preñada de argumentos aceptados por el cristianismo.

Con todo, su edificio no estará terminado hasta no encontrar un lugar a ‘Dios’ no solo en lo “políticamente correcto” sino en lo “ontológicamente más cierto” de todo trasegar del conocimiento. El signo más visible del cambio de época se ve representado en la inversión del creer para entender (*Credo ut intellegam*), pues de ahora en adelante, se trataría de entender, de seguir en dirección de los caminos señalados por la luz de la razón y no de la fe. No en vano y olvidando los paternalismos que causan tantas heridas, sí podemos seguir admitiendo que Descartes es el iniciador en su geografía y contexto temporal, de la organización ontológica basada en las prescripciones de la razón, fruto de este cambio de paradigma epistémico es concomitante con la transformación del orden del mundo jurídico, económico, político y socio-cultural de la atmósfera propia de los siglos XVII y XVIII.

La Irrupción De Los Principios Modernos En El Estudio Cartesiano

René Descartes prescinde de toda relación entre el pensamiento cristiano y el pensamiento metafísico que desea poner a prueba como el más efectivo y garante de certezas. También es consciente de la necesidad más que de demostrar la existencia de Dios, de fundar la misma a partir de una vía racional. El esquema racional estará atravesado por el imperativo de la duda y será transitado por los pasos o escalones que señala el método.

Buscando sobre estas cuestiones, nos encontramos que las bases de los pensadores formados en institutos como La Flèche, durante el siglo XVII, entre otros lugares comandados por jesuitas –lo que a la postre significa con nuevos horizontes y perspectivas en el abordaje del conocimiento–, fueron influidos por sus crónicas de viajes y los enfoques transmitidos trasatlánticamente. Así lo constata Enrique Dussel (2008) quien señala que, la producción filosófica de España y Portugal del siglo XVI se vio necesariamente vinculada con los acontecimientos generados en el Atlántico, todo ello gracias a la apertura de Europa al mundo. Los desarrollos filosóficos entre las América y la península ibérica se vieron estrechamente relacionados y se complementaban mutuamente, constituyendo así, lo denominado por Dussel como ‘la primera modernidad temprana’. El filósofo argentino naturalizado mexicano apunta que, Pedro Fonseca (1528-1597) fundador de la *escolástica barroca* fue de los primeros en repensar y modificar las estructuras filosóficas, al tiempo que emitía, una fuerte crítica a los antiguos métodos. De igual manera, encontramos a Francisco Suárez (1551-1623) quien planteó una innovadora obra *Quod nihil scitur* (Que

nada se sabe), aflorada en Lyon en 1581, reeditada en Frankfurt en 1628, de donde quizá Descartes pudo tomar algunas ideas para su obra cumbre.

Si el proyecto era alcanzar una certeza fundada, no obstante, en la duda, ésta llegaría a puerto seguro de probar nuevos horizontes y un nuevo método. Descartes daría así, un salto sobre la tendencia de los mencionados predecesores, para quienes la ciencia fundamental es la que puede probar que *nihil scimus* (nada sabemos): “*Quod magis cogito, magis dubito*” (cuando más pienso, más dudo). Nos interesa recordar que, no todo en Descartes es novedoso o no es que su pensamiento estuviera ensayando o fundando edificios sin precedente alguno, todo lo contrario, estos escenarios experimentales ya empezaban a escribir su historia en el continente recién conquistado por los europeos. De esta manera, no podemos considerar como nuevo todo el pensamiento de Descartes, si no por el contrario, debe entenderse que el pensamiento cartesiano va de la mano de teorías de grandes pensadores de su época, que le fueron útil para impulsar, lo que denomina Dussel, ‘la segunda modernidad temprana’, sin embargo. Tampoco se trata de restarle importancia a la empresa cartesiana. Con todo su planteamiento de los nuevos horizontes del conocimiento empezaban el fatigoso camino de la ciencia moderna y el modelamiento epistemológico de toda postura frente a la expresión del saber.

El canal transmisor directo de Descartes en Europa fue la Escolástica, el movimiento del pensamiento dominante se constituiría en el centro hegemónico de los siglos que precedieron al nacimiento de Descartes y que recibieron al futuro filósofo y matemático francés. Que fuera hegemónico significa que ejerció el poder y control social de la época. El carácter medieval ejercía poder en todos los ámbitos en vida del joven Descartes, pero

este poder empezaba a debilitarse al tiempo que el mismo escolasticismo dejaba sumida en la incertidumbre a una época a la que no podía responder porque sus argumentos estaban ya agotados. Quizá por esto hayamos escuchado hablar de la época medieval como ‘oscura’, visto así desde la luz que empezaba a alumbrar el trabajo de muchos precoces e inquietos investigadores. Dentro de este espectro encontramos a Descartes, quien propone a la luz moderna de la razón como paradigma y guía en el venturado camino y se convence de que está en sus manos asumir y dirigir el proyecto de la restauración del conocimiento humano y su reformulación definitiva.

En consecuencia, a la caída del escolasticismo se generó una inestabilidad en la hegemonía cristiana, la cual proclamaba a sí misma como la única fuente de verdad y de conocimiento, más por otra parte, la fuente metafísica o filosófica estuvo apalancada por la argumentación aristotélica basadas en silogismo, éste también veía su declive a más de diez siglos de poder y dominio epistemológico. Desde Copérnico (1473 -1543) los cimientos comenzaron a verse inestables y la imposibilidad de ofrecer una respuesta que se basara en argumentos sólidos agudizaba más la situación del cristianismo. Con Galileo Galilei (1564 -1642) se acaban las especulaciones y los cimientos inestables fueron demolidos por completo y, por consiguiente, nace una nueva concepción de la estructura del universo y se prescinde del sistema ptolemaico (modelo cosmológico que situaba la tierra como el centro del sistema solar) y se promulga la nueva teoría, la heliocéntrica

Una concepción del mundo se derrumba cuando es incapaz de explicar hechos fundamentales de la naturaleza o de la vida espiritual y social del hombre. La escolástica ofreció una explicación que satisfizo durante siglos. Llegó el momento,

sin embargo, en que la realidad parecía desmentir la doctrina escolástica y sólo el peso de su autoridad la mantenía en pie. (Frondizi, 2011, p. 14)

La incapacidad de las autoridades cristianas de encontrar explicación a los nuevos enigmas llevó a los grandes científicos y pensadores de su época a situar la mirada hacia una nueva reforma del conocimiento, pero no presentaron nuevos métodos que suplantaran el antiguo escolasticismo, solo se presentaron críticas a la escolástica. Sobre lo anterior, es necesario aclarar que, si se vivieron grandes descubrimientos científicos, solo que se vieron enmarcados por un objetivismo cristiano. El hecho de no obtener durante la edad media unos avances en los estudios por parte de los diferentes campos de investigación se debía a un problema muy específico y es a la necesidad de obtener un nuevo criterio de verdad que pudiera sustituir a la autoridad escolástica “lo que se necesitaba no era descubrimientos ocasionales, sino un nuevo criterio de verdad –que viniera a sustituir la autoridad escolástica, de Aristóteles y de la Iglesia– y un nuevo método que reemplace el silogismo expuesto por Aristóteles” (Frondizi, 2011, p. 15). Esto en parte podría explicar la resistencia que ofrecía no sólo Descartes sino todos los ‘hombres de ciencia’ de su época frente a la aplicación meramente práctica de los conocimientos como era usual entre los primeros artesanos y artífices de los autómatas que tanto impresionaron al intelecto de Descartes.

Lo que sucede con el derrumbe de la filosofía medieval reside en la separación entre razón y fe. El escolasticismo basaba su mirada en ofrecer explicaciones a los enigmas desde una postura de la fe que necesariamente debía acudir a las sagradas escrituras como base. Étienne Gilson (1937) relaciona la caída del pensamiento medieval con el divorcio entre el

escolasticismo y la razón, al situar a la fe como el único camino de la verdad: “es un hecho que en cuanto los escolásticos abandonaron toda esperanza de dar respuesta a los problemas filosóficos a la luz de la pura razón, cesó la brillante y larga carrera de la filosofía medieval” (Gilson, 1937, p. 140).

El giro intelectual que se lleva a cabo en la pluma de Descartes expone directamente la imperiosa necesidad de concebir caminos y enfoques diferentes. Esta necesidad se manifiesta en la confección del método, el cual tiene como requisito la búsqueda de certezas para alcanzar fundamentos en el conocimiento, es decir esquemas sólidos, seguros y fiables que no solo garanticen la salida de la ‘oscura caverna’ de la opinión y la superstición, sino que además provea de las herramientas para abordar el escarpado camino de las ciencias. El nuevo derrotero del cual se sirvió el filósofo francés para constituir las bases de su sistema de ideas, fue el camino de la razón. Descartes promulgó a la razón como la fuente principal de conocimiento y criterio seguro de verdad, sobre tal principio racionalista va situar su método que se convertirá en últimas, en su punto de arranque y en la meta de su filosofía. Esto diferenció a Cartesius de las demás críticas medievales en contra del escolasticismo, en que él se propuso teorizar el proceso de sus contenidos, se esmeró en construir un sistema de ideas y postuló proposiciones con pretensión de certeza absoluta. Un conocimiento fundado es sinónimo de seguridad. La explosión artesanal que era familiar a Descartes, prescindió de la etapa de la sistematización y teorización y se concentró en la aplicabilidad de las nuevas técnicas sin documentación. Esta es también la razón por la que Descartes se obsesionó por señalar a las matemáticas como un conocimiento fundado y seguro: para salvar el estatus de las mismas frente al uso mediocre que le daban los ingenieros de su época.

El filósofo francés no es el primero en buscar una salida al orden determinado por el cristianismo, ni el primero en estipular un método como solución para buscar conocimientos sólidos. Francis Bacon (Londres, 1561-1626) fue un político y filósofo inglés que al igual que su contemporáneo Descartes, realiza una crítica al escolasticismo y su incapacidad de argumentos sólidos ante los enigmas que se presentan. Descartes y Bacon representan para la modernidad dos pilares fundamentales en el desarrollo de la filosofía moderna. Pero a diferencia, Descartes como ya se ha dicho anteriormente, quien proclama a la razón como punto principal para el nuevo sistema de ideas, Francis Bacon, por el contrario, postula e impulsa la corriente empirista que tiene como fundamento último la experiencia como fuente de verdad. Desde la perspectiva presentada, Bacon y Descartes simbolizan una dicotomía en el desarrollo epistemológico y parecen ser dos teorías inconmensurables, pero, las dos tienen un punto dentro del cual convergen y es su crítica al silogismo aristotélico ya que, Bacon considera la lógica aristotélica como inútil para el desarrollo científico: “que la lógica aristotélica, entonces en uso, es inútil para la invención científica y sirve más para fijar y consolidar errores, fundados en nociones vulgares, que para inquirir la verdad; del tal modo que es más perjudicial que útil” (Frondizi, 2011, p. 17). El mismo Descartes, como si tratase años más adelante de recitar las mismas palabras, considera a los silogismos sobre los que se apoya la dialéctica, como vulgares y completamente inútiles, pues sólo sirven para conocer cosas ya sabidas, que para ofrecer una salida a los problemas presentados. Al igual que Bacon, Descartes postula una nueva corriente de estudio moderna, pero a diferencia de Bacon, Descartes se contrapone a la teoría empirista del filósofo inglés al potenciar al ser como precursor de la corriente racionalista que promulga la razón como fundamento último para llegar a conocimientos

sólidos y verdaderos. Por cierto, se hace necesario comprender que una de las críticas que a simple vista haría el racionalismo cartesiano en contra del empirismo baconiano, es el fundamentar la solidez de sus argumentos a partir de la experiencia, puesto que los sentidos suelen llevarnos al error y por ende no podemos fiarnos de ellos.

La experiencia sensible tiene también sus límites. Los europeos, acostumbrados a ver durante años y años millones de cisnes blancos, enunciaron la proposición general: los cisnes son blancos. Tal verdad estaba respaldada por la experiencia sensible de miles de hombres en las más diversas circunstancias. Tiempo más tardes, sin embargo, se halló en Australia un cisne negro y ese solo desmentido echó por tierra la validez universal de una proposición que descansaban en millones de observaciones coincidentes. (Frondizi, 2011, p. 21)

Los silogismos aristotélicos y los estudios cristianos basados en la obra del estagirita recluyeron al mundo en la penumbra de las incertidumbres, esta situación perfiló el comienzo del fin de una era epistémica: las bases sobre las cuales se había apoyado todo el conocimiento humano empezaron a tambalearse. El ocaso de un paradigma señala el nacimiento de otro. El concepto de Dios como eje de los desarrollos epistemológicos de la edad media empezó a resentirse y comenzó la delimitación de un nuevo horizonte de comprensión del concepto que empatará con la nueva visión del mundo. Antes de esto como se señaló líneas arriba, el escepticismo se instauró para la época como una corriente con gran fuerza que afirmaba que no existía un conocimiento verdadero del cual el hombre

podiera tomar como base. En el colegio Real de La Flèche Descartes estudió bajo el influjo del escepticismo de Michelle de Montaigne.

A diferencia de lo que usualmente se admite por postura escéptica como la negación de la existencia de fundamentos sólidos que sean indiscutibles, el escepticismo de Montaigne no se fundamenta como dice Gilson (1973) de la negación del concepto de verdad como un imposibilidad de cimentar un verdadero conocimiento, por el contrario, se basaba en la duda de que existieran verdaderos postulados que tuvieran en ellos una verdad absoluta, pues su sistema se regía como una sátira al quimérico dogmatismo que afectaba todos los aspectos en su sociedad. “Montaigne ha sido y es todavía para muchos un maestro, pero la única cosa que puede aprender de él es el arte de no aprender” (Gilson, 1973, p.150). Esta es para Gilson, la razón más poderosa por la cual Descartes se propuso la escritura del *Discurso del Método*: como antítesis de *Montaigne*, pues el planteamiento de Descartes sí se fundamenta en la verdad como fin. Este matiz de la verdad como finalidad del método, presenta a la filosofía cartesiana como la contrincante más poderosa en un momento en el que triunfaba el escepticismo.

Era preciso, no obstante, el abandono de la corriente teológica pero no la renuncia a una metafísica o a una meta filosófica. Proponiendo a la autonomía de la razón como el nuevo paradigma del conocimiento, Cartesius se propone también la transformación del paradigma cultural, filosófico e investigativo de la edad moderna, pues asume “(...) la inseparabilidad entre la verdad y autoconciencia” (Navarro, 2003, p. 8). Esta nueva concepción del pensamiento cartesiano parte desde un nuevo enfoque, desde un cambio de dirección: del objeto al sujeto, del mundo al yo, de lo exterior a lo interior. *Las reglas para*

la dirección del espíritu bosquejan en su esencia los rasgos esenciales de la modernidad, Juan Manuel Navarro (2003) en la introducción a este libro de Descartes afirma: “lo esencial de una postura fundamental metafísica”, (Navarro, p. 10).

El proyecto cartesiano potencia un sistema que aspira a direccionar el espíritu en el goce del placer como contemplación de la verdad en sí misma, esto sería en estricto sentido, la única felicidad pura de esta vida. Para lograr alcanzar esta meta de contemplación de la verdad es preciso instruirnos bajo las reglas de un proceso investigativo que vaya a la caza de ideas claras y distintas para dominar el objeto de nuestro estudio. Descartes contempla la felicidad de la vida desde un camino que lo pueda conducir a la verdad, es decir: emplea toda su vida en buscar un camino que conduzca y guíe su espíritu por un sendero recto y seguro, que garantice la recepción de la certeza. Por ello, nada mejor que crear un conjunto de reglas sobre las cuales pueda descansar su espíritu y de igual forma, que pueda guiar sus juicios con mayor firmeza, de manera que se convierta en el signo más sencillo de escalar hacia la verdad.

Esta exigencia se ve reflejada en el pensamiento cartesiano que comprende que para alcanzar la tan anhelada unificación de los saberes era preciso echar mano de un plan y de un modelo esquemático: “el método es necesario para la investigación de la verdad, hasta tal punto de que es preferible no buscar la verdad que ponerse a hacer sin método” (Navarro, 2003, p. 32). ¿Quién se atrevería a dudar de una verdad alcanzada mediante un método seguro que no deja nada al azar? El método reinstala la luz natural y da al espíritu su prístina y genuina claridad y visión pura. Así mismo, Navarro (2003) menciona que la finalidad del método cartesiano es viabilizar el ejercicio de una intuición y deducción clara:

“La finalidad del método está en posibilitar el ejercicio de la intuición y en señalar la manera adecuada de realizar deducciones, así como en seguir el orden. Con ella colocara a la mente en el umbral mismo de la ciencia” (Navarro J, 2003, p. 37).

El método no solo posibilitaría la manera adecuada de llegar a ideas claras y distintas en la filosofía cartesiana, sino que a su vez respondería al enigma que rodeaba a la nueva sociedad moderna, el cual se basaba en como emplear un nuevo camino hacia la búsqueda de cimientos que formaban la identidad del conocimiento en un estado de crisis cultural, político, social, científico y filosófico. Así, *las reglas para la dirección del espíritu* se constituían como una necesidad cartesiana no solo de buscar la verdad, porque para ello crea un método que dirige las investigaciones científicas y que dicta el camino que debe tomar para llegar a ella, sino que, se convierten en un conjunto de normas empleadas para regir el espíritu de aquellos que dirigen sus esfuerzos en la búsqueda del conocimiento.

Tendríamos que asumir después de esta lectura que las reglas dejan de un lado la metafísica y se inmiscuyen en un campo de investigación inédita para la época, la del experimento basado en un plano o guion pre-meditado, porque la dirección del espíritu se convierte en una guía de la conciencia que permite asegurar el camino que debe emplear el espíritu para alcanzar el estado de claridad de las ciencias. Descartes sacrifica todo su pasado por esta nueva visión de mundo, por esta fantasía o sueño epistemológico. La investigación científica se consolidó como la principal preocupación de la época, la evidencia tácita de la pérdida de poder del cristianismo sumergía todo el marco epistemológico que hasta entonces se había constituido y la filosofía como toda manifestación intelectual tuvo que reevaluarse. Las reglas contienen los pasos a seguir para

llegar a las verdades más simples. No parece claro del todo cómo las reglas pueden enriquecer una nueva interpretación de lo existente en correlación con un proyecto de comprender la verdad, pero lo que sí deja entrever con exactitud es que la ciencia no debe dejar escapar en sus estudios, aquello que parece claro e ineludible es en este lugar de la enunciación en donde Descartes descarga su mayor peso argumentativo y demostrativo, en emplear aspectos que parecen a primera vista sencillos pero que se convierten en las bases de la investigación científica, si se quiere emplear el espíritu en la búsqueda de la verdad a partir de la ciencia.

El método publicado por René Descartes siempre tuvo la pretensión de presentarse como el enfoque más apropiado y útil en la ‘iluminación’ de las verdades, esto es en la certeza o certezas existentes; al tiempo, el método señala límites de la razón humana, un sueño bastante ambicioso por parte de una nueva corriente que tenía pretensiones racionalistas. Para superar el escepticismo Descartes publicitó el método como la vía más segura para sustentar y justificar la búsqueda. El filósofo francés siempre fue consciente de que, al reformar los caminos del conocimiento en las vertientes seguras de las nuevas ciencias, también reformaba la sociedad, la política, la economía y la forma de pensar en general acerca de la situación real de los seres humanos en el mundo. La prueba irrefutable de esta actitud está en lo que denomina Gilson ‘matematiscismo’ que, con un apellido como científico, lograba consolidar el sueño de unificar las ciencias y cumplir su fantasía impuesta por el ‘universalismo’. La idea del matematisismo como consolidación de las ciencias se yuxtaponía al pensamiento escolástico y aristotélico, puesto que, estos consideraban el postulado matemático como insuficiente otorgando más peso a la lógica y así parcelando cada campo de estudio, el cual precisaba de su propio objeto de estudio, es

decir; no se podría concebir el conocimiento como universal ni tener la pretensión de aplicar un método que funcione a todo tipo de estudio, la naturaleza de su propio campo de estudio limita el método dentro del objeto de estudio de tal campo “Aristóteles y los escolásticos definían cada ciencia como una rama distinta del conocimiento, cuyo método viene determinado por la naturaleza precisa de su propio objeto” (Gilson, 1937, p. 167).

Poder emplear un método o un conjunto de reglas que sirvan para la investigación científica, asegura el camino moderno de la ciencia, pues solo mediante un método racional se logra cerrar la brecha entre investigación científica y la mera especulación. Este pensamiento parece hacer eco en nuestros días y nos suena familiar. Hasta aquí Descartes es nuestro contemporáneo. Para algunos epistemólogos lo que resulta característico del conocimiento que brinda la ciencia es el llamado método científico, es decir, los procedimientos que nos permiten obtener conocimiento y al mismo justificarlo; en otras palabras, dar pruebas acerca de su validez, esto es su comprobación. Y aunque desde los días de Galileo y de Descartes el método científico ha sufrido múltiples traumatismos y transformaciones no obstante las ideas cifradas en los cuatro pasos del método siguen teniendo una funcionalidad pedagógica y metodológica. La regla de la evidencia y de la distinción es la más cara a nuestra lectura en este trabajo, pues es el lugar que ocupará Dios o la sustancia de la que en un tercer momento se referirá Descartes después de enunciar la sustancia del pensamiento o yo pensante y la sustancia del mundo fenoménico o espacio extenso. De ahí que siempre haya sido el paso del método más cuestionable. De ahí en adelante, la regla de la división, o del análisis “dividir en cuantas partes fuera necesario el objeto de estudio”, como la cebolla a la que se le profundiza en su capa más interior, decimos, es parte de cualquier plan de estudio o investigación; continua, en tercer lugar, la

regla del orden, en este paso del método podemos observar la credibilidad con la que todavía cuenta, pues no hay estudio que prescinda de un orden, esquema, enfoque o sistema. Y finalmente, la regla de la síntesis: retomar el resultado de los pasos anteriores y formular una proposición o enunciado, ciertamente ya “podado” de su incertidumbre y oscuridad, es la aspiración de todo objetivo y meta de estudio.

El primer paso del método como hemos afirmado, es el paso en el que se recluyen las naturalezas más simples, este paso es casi forzoso o forzado en la exposición de Descartes, el filósofo nos exige, previo a un estado de “imaginación”, “creatividad”, “sueño”, y “fantasía”, que eliminemos todo aquello confuso y oscuro y lo reemplacemos por lo claro y distinto, solo a partir de ese momento, podemos seguir avanzando: así, son pocas las naturalezas simples y puras que percibimos con la intuición, y a partir de ellas, como una cadena, vamos deduciendo otras con mayor grado de complejidad, hasta llegar a lo buscado. Todos los conocimientos simples son utilizados para llegar al proceso del conocimiento complejo final y deben ir quedando en orden a medida que se nos van dando en la mente del que piensa, de no llegar hacer así, el investigador debe parar para no seguir cometiendo errores a partir de una deducción dudosa. Siempre será mejor para el entendimiento humano detenernos y buscar solución dicho problema, pues de continuar la cadena del conocimiento se desprendería y no podríamos seguir con certeza por un camino tan complejo sin tener clara nuestras ideas. La enumeración debe estar completa y ordenada como corresponda, para así simplificar y reducir la tarea, ahorrándonos el trabajo de pasar dos veces por lo mismo, lo cual puede llevar a una falla final. Las *reglas* preparan el método. La primera regla evidencia la pretensión unificadora del saber. En ocasiones los hombres nos dicen Descartes (2003) por costumbre cuando se encuentran semejanzas entre

dos cosas atribuimos lo que hemos descubierto de una inmediatamente a la otra sin entender ninguna distinción entre los dos objetos. Esto es aplicable a los campos científicos, por más que se encuentren similitudes dentro de dos campos de investigación no quiere decir que pretenderemos saber todo sobre otra ciencia por encontrar en ellas similitudes, pues como nos dice Descartes (2003) “sino aquel artista que ejerce solamente una llega a ser más fácilmente el mejor” (Descartes. R., 2003, p. 64). La filosofía cartesiana se identificaba por ser un pensamiento que pregona partir de lo simple para alcanzar verdades más complejas con mayor exactitud, es decir; llegar desde los argumentos simples y sólidos y de este modo, alcanzar axiomas que devengan de estos conocimientos simples. No obstante, el conocimiento de una verdad no puede impedir que se llegue a descubrir otra (que un campo tenga similitud con otro, no por ello una verdad que se descubra de uno sea atribuible al otro) de manera que, el ejercicio de un campo científico, filosófico o de alguna arte no nos impide el aprendizaje del otro, si bien puede ayudarnos a llegar a descubrir nuevos conocimientos y esto no sería un impedimento para vislumbrar nuevas ideas. Y en esto último, Descartes nos resulta moderno clásico o si se quiere tardo-medieval y no tan contemporáneo.

Debemos insistir que cuando Descartes habla de las ciencias se refiera a un todo, a un conjunto de estudios con elementos distintos que componen la sabiduría universal y humana. Los denominados “elementos distintos” son los conocimientos o las verdades que se alcanzan, el conocer una verdad de algún campo científico no remite directamente a conocer la verdad de otros elementos si, por el contrario, puede servir como base para partir al conocimiento de otra verdad, por eso, para llegar al conocimiento de una verdad nos apoyamos y partimos de la base de otras verdades, Por esto, el estudio de un conocimiento

en particular y aislado es ridículo e inútil, pues truncamos su verdadero fin, que es ayudarnos a generar juicios sólidos y verdaderos sobre los diversos aspectos de la realidad y la unificación del saber. En el *Discurso del método* se evidencia tal unificación del saber, al encontrarse mayor perfección en aquellas cosas que suelen tender a un mismo fin y habiendo sido inventadas por uno solo contiene en si mayor perfección que aquellas que han sido inventadas por muchas manos.

La modernidad debe ser considerada como un nuevo despertar del espíritu introspectivo que se pregunta a si mismo ¿Qué es aquello que podemos considerar como verdad y por qué se debe tomar como verdad absoluta? Aquí juega gran importancia la conciencia humana para el nacimiento de la modernidad catapultada por Descartes, porque es la conciencia humana quien exige al ser respuestas a los enigmas que la atormentan. Francisco Suárez refleja en sus teorías de gran manera el espíritu introspectivo de finales del medioevo quien cansado de no encontrar respuesta que satisficiese su espíritu decide emplear un camino que lo lleve a buscar saberes verdaderos de los que se pueda confiar para emplear así el cultivo de un espíritu puro.

La consolidación de la duda metódica dentro del estudio metafísico plasmado por Descartes en una de sus obras cumbre, *Meditaciones metafísicas*, evidencia el enfoque que tomaría el estudio del filósofo. Una vez instalada la duda como herramienta demoledora de todo conocimiento existente y tomado como verdadero, ésta sustituiría al espíritu manso del ser humano entregado a sus dogmas. El método es escéptico como punto de partida, pues utiliza el instrumento de la duda, pero esta duda es moderada pues de lo contrario, no sería posible conocimiento alguno. Un argumento fuerte de esta afirmación está en la idea de

Dios, de la que no se permite poner en cuestión por ser la más clara y cierta al pensamiento, así que si Dios es idea que no alberga duda no solo es comienzo sino también término del conocimiento. La duda metódica rompe y hace tambalear los axiomas que parecen irrefutables y ofrece un nuevo sentido a la idea de Dios como fundamento de lo real, esta es la razón por la que Descartes utiliza a la duda como método necesario para la investigación, pues es el primer paso para liberar el espíritu y comenzar de cero admitiendo que todo lo que hasta ahora creía verdadero no puede fundamentarse al no ser una idea clara y distinta.

La Preeminencia Del Sistema Racional Fundamenta La Modernidad Cartesiana

Modernidades son muchas, pero estamos acostumbrados a nombrar a Descartes Padre o fundador de la modernidad europea, por eso en este acápite elegimos llamar modernidad cartesiana a todo el espectro presentado en el capítulo anterior. El nuevo sistema de ideas que pretendía fundamentar Descartes suponía un método que tenía la demanda de presentar una respuesta que liquidara los postulados escépticos. René Descartes no lograba comprender cómo podía existir un conocimiento que no contará con un piso o fundamento. El rechazo del escepticismo, lo llevó por un camino que solo conducía hacia una vía y era la de encontrar el mecanismo para unificar el saber universal. Si bien, podemos notar en los estudios de Descartes un rechazo a la teoría escéptica de Montaigne, es necesario hacer un énfasis en la estructura del pensamiento cartesiano y es que necesita partir del escepticismo para lograr cimentar su teoría. No es que afirmemos que Descartes es escéptico, aunque utilice como medio la duda moderada, porque se supera; todo lo contrario, busca salir de ese estado escéptico en el que se encuentra y decide utilizar como antídoto el mismo veneno: la duda. Descartes entendió que el principio de duda podría llevarlo a limpiar el

camino para que su método encuentre los verdaderos principios del conocimiento humano que logran en su fundamentar todas las ciencias en una sola.

En el camino de reforma del conocimiento se encuentra con el padre Clavius (profesor de matemática en el colegio jesuitas de la Flèche) con quien comprende que, el verdadero camino que le permitiría asegurar las bases de su conocimiento debía estar comprendidos en las matemáticas. Descartes concebía que solo las matemáticas estaban dispuestas de un modo inteligible “Las disciplinas matemáticas demuestran y justifican con las más sólidas razones todo lo que traen a discusión, de forma que verdaderamente engendran ciencia y expulsan por completo todas las dudas de la mente del estudiante” (Gilson, 1973, p. 153). Solo las matemáticas como pensaba Descartes se justifican con las más sólidas razones y solo ellas pueden ser denominadas verdaderamente ciencia, pues demuestran verdadera validez en sus objetos de estudio expulsando toda posible duda. El profesor Clavius enseñaba las matemáticas como un sistema seguro, más nunca postuló su posible aplicación en las demás ciencias, cosas que Descartes entendió a primera vista al aplicar el modelo matemático al conocimiento humano “la filosofía de Descartes no es más que un experimento temerariamente realizado para ver lo que deviene el conocimiento humano cuando se le moldea según el modelo de la evidencia matemática” (Gilson, 1973, p. 156). El planteamiento matemático comprende las demostraciones como evidencias concretas sobre el objeto de estudio, hacia ello es lo que apuntaba el pensamiento cartesiano, lograr solventar los espectros del escepticismo instaurando un método que al igual que en las matemáticas permitieran postular axiomas que por la veracidad de su demostración no entre el principio de duda.

El propósito de fundamentar un método para la investigación de las ciencias o de todo campo de estudio que busque ir hacia la verdad es el de conocer todo sobre aquello que se ignoraba, pues solo así, se puede tener certeza sobre el objeto de investigación y no caería en error. Por tal razón, las matemáticas se pueden emplear como guía para un método investigativo al no haber más que una verdad en cada cosa, el que llega a esta verdad puede decir que sabe todo sobre aquello que se puede saber de la postulación puesta en cuestión “Porque el método que enseña a seguir el orden verdadero y a enumerar exactamente todas las circunstancias de lo que se busca contiene todo lo que se confiere certeza” (Descartes, 2017. p.108). Más aun, el método cartesiano tenía que responder a un factor esencial para la modernidad y era el emplear la razón de manera segura en todas las partes que llegue el método, conclusión a la cual llega Descartes al dar fe de la veracidad de su método.

Para el filósofo francés esta empresa se llevaría a cabo si permanecía vigilante de las acciones que lo rodeaban y lo gobernaban, dentro de una habitación que le permitiría el descanso y la atmósfera ideal para emprender la búsqueda y la investigación. De igual manera, podría vivir feliz, pues no pretendía convertirse en forastero dentro de su propio país. La moral provisional serviría como apoyo para la reformulación de su concomimiento mientras se constituían las bases de su teoría. El hecho que Descartes busque la manera de descansar dentro de unas máximas que funcionaran como leyes para la vida (moral provisional) demuestra el racionalismo cartesiano, nunca dejar nada al azar, sino que, por el contrario, no daba un paso en falso para sus críticos, el uso de la razón es el que conduce las cuatro máximas sin dejar titubeo al escepticismo. Este determinismo en el método deja entrever que se empezaba a supeditar la misma moral en función de la utilidad científica. A partir de aquí comienza la aventura en la discriminación de ideas claras y distintas. Y, sin

embargo, es el filósofo de los ensueños o las ilusiones, de las ficciones y de los sueños quien parte de un “supuesto” al ‘estirar’ al máximo su obsesión por el mecanicismo y, por ende, lo que hay de fondo, es decir, el principio de causalidad. Al no poseer una respuesta, continua, esta vez, a su modo, la narrativa de la causa sui (causa del movimiento, causa todo, motor de lo que hay, puesto que todo lo demás, la extensión no tiene su ‘causa’ en el motor, esto es, se mueve porque es movido por otro y este así *ad infinitum* hasta que en el universo determinista y sin vacío cartesiano, se pone un límite al movimiento con el motor, como en Aristóteles, pero ahora separando de nuevo ontológicamente y, por ende, antropológicamente). En tiempos de los griegos es el principio de causalidad, el cual es puesto a prueba con el principio de legalidad, Descartes pretende “legalizar” hacer leyes sus principios no sólo físicos sino también éticos, porque su obsesión es metafísica (continuidad del ‘sueño’ medieval que es transformado por Descartes en una pesadilla).

Una vez se adquiere el fundamento de la moral provisional no queda otro elemento que determinar a partir del método científico la constitución de los principios. Por ende, la duda metódica determinaría el instrumento de la búsqueda que se constituyó como las bases del conocimiento, todo mediante la aplicación del método. Recordemos que en el método cartesiano una de las principales reglas consistía en; no admitir cosa alguna como verdadera sin conocerse con evidencia que lo era, lo que refleja un trasfondo metódico donde la duda se convierte en el engranaje del método. El método se convirtió en una introspección del conocimiento, que aseguraba desprenderse de todo aquello que fuera causa de error, solventado en una rigurosidad que permitía enmarcar los límites de la razón de la razón, es decir; el método cartesiano se despojaba de todo los conocimientos que se habían alcanzado mediante los sentidos, al entender que son causa de erros, solo la razón puede entrar a

juzgar desde el análisis del método que podrían constituirse como principios claros y distintos y que a su vez, debían ser desechados pues al no encontrar en el nada más que vacilaciones no podían componer la sabiduría universal, puesto que sus principio no eran claros.

El método cartesiano, es el primer paso que constituye el verdadero tránsito entre los estudios medievales y los posteriores estudios modernos, puesto que, es el primer camino racionalista que buscaba a partir de un método simple la búsqueda de criterios de verdad y romper con el esquema expuesto por una hegemonía cristiana: “que es mucho más satisfactorio no pensar jamás en buscar la verdad que buscarla sin método; pues es segurísimo que esos estudios desordenaos y esas meditaciones oscuras enturbia la luz natural y ciegan el ingenio” (Fronzini, 2017, p. 43). El no aceptar nada como verdadero hasta que se demuestre a partir de verdades o ideas claras y distintas distingue una de las posturas que resalta el pensamiento cartesiano de los demás pensamientos medievales. El resultado, de la introspección llevó a Descartes a recurrir la vía del escepticismo de Montaigne (camino que intentaba disipar con la postulación de un método científico) instaurando el principio de duda. Por ende, La duda, limpia el terreno que va a transitar el método y desecha aquellos conocimientos que no permiten llegar a ideas claras y distintas por su mala estructura demostrativa y permite postular su primer principio, el *cogito, ergo sum*. La existencia del *cogito, ergo sum* evidenció las primeras espigas de la modernidad, puesto que, Descartes pasa de una postulación del método a la aplicación del mismo a los problemas que asechaban por su aceptación de la duda como principio metódico. Es decir. Cartesius encuentra que dentro de su problema metafísico era posible la aplicación de un sistema racional que comprendiera los límites de la razón humana y desde los mismos

limites poder postular los principios racionales de las ciencias, por tanto, solo los principio que pudieran superar la duda podrían ser considerados ideas claras y distintas. El *cogito, ergo sum* se instauró como la primera idea clara y evidente en el sistema cartesiano “Yo soy, yo existo: esto es seguro; pero ¿Cuánto tiempo? Todo el tiempo que pienso, porque tal vez si dejase totalmente de pensar, dejaría al mismo tiempo de existir” (Descartes, 2005, p. 91). El fundamento moderno de la estructura cartesiana radica en la propuesta del *cogito*, toda su estructura tiene su engranaje cimentado en el cogito, al quitar de la ecuación la máxima *cogito, ergo sum* pierde valides toda la estructura pues pierde una aplicación en la realidad.

El *cogito* permitió asegurar a Descartes que la aplicación de su método tuviera pretensiones racionales donde cada demostración que se alcance por medio del método se llegaría a presentar a nuestro entendimiento de manera tan clara y distinta, tanto que no se podría discutir la valides de su demostración. Todas las evidencias de las *meditaciones metafísicas* tenían la pretensión de ser demostradas de manera racional, todas eran entendidas desde la razón y desde allí se tenía que dar la explicación. El *cogito* no necesita ningún acto de fe como las respuestas escolásticas, solo necesita un método que pudiese demostrar de manera racional que es imposible anular su existencia. Al existir una verdadera aplicación del método que aseguraba postulaciones simples pero que contenía certeza que cimentaban el conocimiento y daba la validez que necesitaba el método, por lo tanto, se cumplía el principio del matematisismo, que era posible la aplicación del método a todo problema que se presentará como había escrito a su amigo Beeckman en sus correspondencias, donde aseguraba haber encontrado un método que era posible su aplicación en todos los problemas “Al haber hallado solución a estos cuatro problemas

geométricos, Descartes cayó en la cuenta de que era posible encontrar un método general aplicable a cualquier clase de problema” (Gilson, 1973, p. 158). Esta pretensión del matematicismo cartesiano reflejaba el verdadero trasfondo de emplear un mismo método a toda clase del problema y es el de unificar las ciencias. No obstante, esta unificación de la ciencia contiene dentro de sí mismo la idea de Dios que permite el sueño de unificar las ciencias dentro de un método que apruebe responder a la verdadera esencia del matematicismo cartesiano.

El efecto de causalidad permitió demostrar la necesidad de Dios dentro del sistema instaurado por Descartes, puesto que, jerarquizó el idealismo cartesiano, donde la idea de Dios se presentó como la máxima dentro del orden de todas las ideas, esto por un efecto de causalidad, ya que al ser la idea con mayor realidad tanto formal como objetiva se instaure como la *causa sui* de las demás ideas. Comprendiendo la realidad objetiva como una idea de una imagen en la mente que existe por representación de algo y, por otro lado, la realidad formal entendida como; la realidad efectiva o en acto, por lo cual, Dios necesariamente se convierte en el ser con mayor realidad objetiva y realidad formal ya que es el ser supremo e infinito del que depende la existencia de las cosas. La existencia del método deviene necesariamente de la existencia de un ente supremo, puesto que, los postulados cartesianos constituyen la idea de Dios como el fundamento de las ciencias, sin este fundamento existente que es demostrado en las *meditaciones metafísicas* (el cual demostraremos más adelante, la necesidad de su existencia en el sistema racional para la constitución de una nueva ciencia que cimienta la estructura de la modernidad) no se podría constituir la estructura de un nuevo sistema racional, ya que, pierde la base que apoya y justifica el verdadero fin del método y su aplicación en la ciencia. Por lo tanto, la idea de

Dios se desprende como la idea con mayor realidad objetiva y formal y esto se debe a que Dios es la *causa sui* de todas las ideas, es la idea que no puede ser causada por el *cogito*, puesto que, es la causa que antecede al *cogito* y antecede también al *sum*, su existencia está estrechamente relacionada a la idea de infinitud, perfección y existencia, que posiciona a Dios como la causa primera. Entonces se debe entender que no es posible pensar la idea misma de Dios en el mismo plano en que descansan las demás ideas, la idea de Dios presenta una excepción dentro de la objetividad que intenta enmarcar el pensamiento cartesiano, al comprender que es la única idea que no implica una realidad pues Dios no es ninguna realidad, aun así, es causa de la misma idea.

El concepto de Dios se enmarca dentro del estudio cartesiano como la principal idea que permite la restauración del conocimiento, sin esta concepción no se puede entender todo el engranaje del método cartesiano. si no existiera Dios en la filosofía cartesiana se llegaría a derrumbar todo el edificio epistemológico, puesto que Dios se convierte en eje para poder explicar el porqué de la existencia de las cosas y de la existencia misma del propio Descartes como veremos en el siguiente capítulo, donde se va demostrar la importancia de la idea de Dios dentro de la unificación de las ciencias y a su vez permitir determinar cómo la nueva idea de Dios planteada por Cartesius configura la nueva estructura que permite pensar la ciencia moderna. Y contiene en si la esencia del método y los postulados modernos.

El Concepto De Dios Como Necesidad Para La Unificación De Las Ciencias

En los intercambios que sostiene Descartes con Isaac Beeckman, aseguró que en su hallazgo a la solución de cuatro problemas geométricos creyó entonces haber empleado un método que fuese posible aplicar para cualquier clase de problema, lo que fortalecía en un enamorado Descartes, que si era posible la unión de las ciencias mediante un sistema que empleará un método en común y se lo había otorgado su amor hacia las matemáticas. ¿Cuál sería esa demostración que llevó a Descartes a considerar que era posible aplicar el método a toda clase de problema? No podía existir otro argumento que su postulación sobre la demostración de una prueba que validaba la existencia de Dios.

En cuanto a mí, me precio de haber hallado una prueba de la existencia de Dios que encuentro totalmente satisfactoria, y por la que sé que Dios existe con mucha más certeza de lo que conozco la verdad de cualquier proposición geométrica.

(Gilson, 1973, p.p. 171-172)

Es interesante la conclusión a la que llega Descartes al admitir que encuentra más verdad en esta demostración de la existencia de Dios que en cualquier otra proposición geométrica, puesto que, en tal proposición se podría ver el camino que emprendería la idea de Dios dentro del esquema cartesiano. Descartes ya había exhibido que solo las matemáticas podrían ser llamadas ciencia (por la veracidad de sus demostraciones) pero ni las matemáticas puede superar la veracidad de la demostración de la idea de Dios, lo que nos lleva a concluir sin leer las meditaciones solo tomando sus diálogos con Beeckman, que la idea de Dios iba a constituir el campo que abarcaría la ciencia, pues se instauraba como la única idea que comprendía el engranaje del desarrollo cartesiano y sin tal concepción

perdía peso todo el estudio metafísico, es la primera demostración que alcanza mediante método lo que da una idea de la trascendencia de la nueva concepción.

Pero ¿Cómo demostrar la existencia de Dios en un sistema que intenta emplear la razón como principal elemento de estudio? El problema cartesiano radicaba en mantener una estrecha relación entre la razón y sus demostraciones y no podía permitir que sus demostraciones, alcanzadas mediante el método, volvieran al mismo sendero de la fe, por lo tanto, debía emplear su método de manera adecuada para dar una demostración metafísica de Dios sin verse ligado a recurrir a una estructura de pensamiento escolástico. Se partió de la base de la máxima *cogito, ergo sum* como el primer principio axiomático del matematisismo cartesiano, puesto que, se iba convertir en una postulación irrefutable en el sistema cartesiano, es decir, en una idea clara y evidente. Nadie se atrevería a dudar de la existencia de una cosa pensante, entre más se duda más se tiende a reafirma tal postulación y no haría nada más que reforzar tal axioma del matematisismo. No obstante, ese axioma cartesiano (*cogito, ergo sum*) debía estar fundamentado en la existencia, de no ser así perdería todo el peso demostrativo y su pretensión de fundamentar las ciencias serias desechado. Por esta razón, aparece el principio de causalidad en el sistema cartesiano el cual permite demostrar una jerarquía entre su sistema de ideas postulando que de la nada, nada puede venir, por lo tanto, la existencia del *cogito* debe estar justificada en la idea de un ser superior que sea el causante de la primera máxima.

La primera prueba de la existencia de Dios se presenta en una estructura silogística “Tiene la demostración la estructura de un silogismo, es decir, contiene dos premisas y una conclusión. De las dos premisas una es universal, la otra particular.” (Schöndorf, 1996, p.

115). La presentación silogística del argumento demostrativo de la existencia de Dios, denota aún las raíces medievales de las que no logró desprenderse Descartes, si bien, critica el silogismo aristotélico, fundamenta su demostración más importante de la estructura del silogismo mismo. El silogismo permite en la demostración cartesiana evidenciar dos premisas que son aceptas para lograr llegar a una conclusión universal, todo esto se logra mediante un principio de causalidad. El argumento de Descartes (1996) plantea el siguiente postulado; aunque yo conciba la idea de substancia, no podría entonces yo ser causa de esa idea de substancia, al ser yo una substancia finita, si no la hubiera puesto en mí una substancia que verdaderamente fuese infinita o sea Dios. El verdadero peso de la argumentación cartesiana de la existencia de Dios recae en el atributo de infinitud. Todo el silogismo que emplea Descartes en su demostración resalta el atributo de infinitud como el verdadero principio de causalidad, sin este atributo la formulación carecería de sentido y de firmeza.

La idea de infinitud separa la substancia finita (Hombre) de la substancia infinita (Dios) al concebir que la infinitud está estrechamente ligada al concepto de perfección, cuando hablamos de un ser perfecto como lo es Dios estrechamente se le atribuye el atributo de infinitud que refleja una de las máximas de perfección. Por ende, si se piensa en Dios, como si se tratase de un hecho mecánico lo asimilamos al concepto de infinitud, de lo contrario, estaríamos limitando la idea de Dios al nivel de la idea de hombre, pensaba Descartes. La primera demostración de Dios puede concebirse como una prueba a priori, la demostración se da por medio de la idea que tenemos de Dios, el que podamos concebir la idea de ser supremo se debe a que es una idea innata en nosotros, es decir, consideremos el siguiente argumento: la idea que tenemos de Dios como ser infinito, no puede ser creada

por un ser finito como el hombre y entendiendo que concebimos esa idea de ser supremo, pues aquella concepción que tenemos de infinitud no puede ser dada por nosotros que somos seres finitos, por ende, debe haber en la idea de Dios infinito tanta perfección en la causa como en su efecto de lo que se concluye, que siendo nosotros substancias finitas no podemos ser causa de la idea de Dios como infinito, lo que lleva a que a concluir que Dios existe. Por lo tanto, la idea de Dios está comprendida en el hombre porque Dios la puso en nosotros, esto es lo que considera Cartesius una idea innata que está a priori en nosotros. Todas las ideas deben tener una causa que pueda comprender, por tanto, su existencia, por lo que es necesario decir que la idea de Dios al ser la mayor entre las ideas, es la causa de las demás ideas.

Existen muchas ideas que pueden ser explicadas desde el yo, al no tener mayor realidad que la idea mía, de lo cual, se puede decir que soy yo puedo ser la causa de esas ideas al no superar mi realidad, pero, en cambio, la idea de Dios no puede llegar a ser explicada desde el cogito, pues no es una idea que pueda ser creada por el mismo cogito, la idea de Dios, por tanto, no es semejante a las demás ideas, porque en cuanto substancia infinita no puede llegar hacer explicada por una substancia finita. Lo que el filósofo de la fleché explica es que la idea que se tiene de Dios, es un ser omnisciente, omnipotente, inmutable, infinito, con caracteres tan grandes y tan perfectos que no pueden ser dados por otra substancia, por lo que, se entiende que podemos tener la idea de substancia, al ser nosotros una substancia, pero no podemos poseer la idea de substancia infinita al ser el yo una substancia finita. Lo que lleva a Cartesius a reafirmar su teoría que la idea de Dios es innata porque está puesta en nosotros como el sello de un artista con su obra.

Por consiguiente, hay que concluir necesariamente, según lo antedicho, que Dios existe. Pues, aunque yo tenga la idea de substancia en virtud de ser yo una substancia, no podría tener la idea de una substancia infinita, siendo yo finito, si no la hubiera puesto en mí una substancia que verdaderamente fuese infinita.

(Descartes, 1977, p.39)

Consideremos el siguiente argumento postulado por Gilson (1973) “El que duda sabe que no sabe perfectamente lo que desearía saber. Sin embargo, debe tener en su mente, al menos, el sentimiento confuso de lo que debería ser un conocimiento perfecto” (Gilson, 1973, p. 204). La duda llevó a Descartes a concebir el efecto de causalidad, pues como se tendría la idea de conocimiento imperfecto, si no se tiene la idea de un conocimiento perfecto, lo que permite a su vez pensar que la idea de perfección está fijada en la idea de un ser supremo. Esta consideración de perfección debe estar contenida en nuestro entendimiento como idea objetiva, nos dice Descartes. Por lo cual, el efecto de causalidad es el camino que comprende el estudio cartesiano para llegar a sustentar la idea de Dios. Lo que no quiere decir, que se llegó a la idea de Dios mediante la aplicación del principio de duda a tal idea, por el contrario, la duda permitió entender que si se aplicase este principio a los conocimientos es porque se entiende que debe existir una concepción de perfección, la cual es Dios.

En una de las objeciones planteada en las *meditaciones metafísica* por parte de Merseuse a esta primera demostración expone, que la idea de Dios puede ser fundada desde la idea que se tiene de lo corporal “que esa idea haya sido formada a partir del conocimiento de las cosas corpóreas, de manera que Dios venga a ser la representación de un mundo corpóreo con todas las perfecciones imaginables, es decir un ser corpóreo

perfectísimo” (Fernández, 2001, p. 19). La respuesta cartesiana siempre va a girar en un ángulo y es que Dios requiere perfección, es decir, si Cartesius concede tal idea a Merssene es derrumbar todo su postulado y echar atrás su demostración primera acerca de la existencia de Dios. No se puede pensar la idea de un “ser corpóreo perfectísimo” al entender que la idea de ser ‘corpóreo perfectísimo` crea una contradicción con la idea de Dios, al ser la naturaleza de lo corpóreo, imperfecta, y la naturaleza de Dios no puede ser imperfecta. Una de las críticas a la idea de Dios presentada también por Merssene advierte que no es que exista un innatismo en la idea de ente supremo, sino, por el contrario, puede ser una construcción cultural que ha hecho que se tome por indiscutible la idea que se tiene de Dios. Merssene presenta una crítica fundamentada en la tradición y en la negación del innatismo, pero aún el filósofo francés se mantiene en la misma dirección, pues si ha adquirido esta noción de la idea de Dios, de algunos comentarios o de algunas lecturas de personas que hablan de Dios ¿Cómo llegó entonces tal idea a estas primeras personas? Lo que lo lleva a concluir, que la existencia de Dios tiene que ser una idea puesta en nosotros por el mismo Dios, por lo tanto, si es Dios una idea innata, si no de donde puede proceder tal idea.

Descartes no está negando que seamos a imagen y semejanza de Dios (Pero no desde una idea corpórea) pues somos el efecto de una causa llamada Dios y, por tanto, debemos guardar en nuestra esencia algo que no acerque a tal idea de substancia infinita, el filósofo francés resalta que aquello que nos hace semejante a la substancia infinita es la voluntad. Puesto que, nuestra voluntad es ilimitada. Al ser el hombre una substancia finita e imperfecta, aspira y desea las perfecciones que están comprendidas en Dios. Dentro de la concepción de voluntad está comprendida la idea de causalidad, pues deseo algo que no

está en mí y busco llegar hacia algo que no me permite mi imperfección, pero solo puedo comprender este deseo si tengo la idea que aquello que deseo está en alguien más perfecto que yo que tiene todas estas perfecciones.

La segunda demostración de la existencia de Dios, por su parte, plantea una prueba a posteriori que es inferida, según el pensador francés, por los atributos de Dios. Esta demostración de Dios plantea la existencia como necesaria, lo que implica que la existencia es un atributo de Dios, algo que no puede pensarse por separado cuando se concibe la idea de un ente supremo. La segunda idea se nos presenta no como un resultado, sino como una dilatación de la demostración de Dios que apoya la primera propuesta y da mayor exactitud. De ahí que, la segunda demostración de la existencia de Dios intentará validar otra prueba que admitiese por completo la existencia de Dios como principio claro dentro de su desarrollo teórico y decide recurrir al discurso escolástico de Anselmo de Canterbury y su demostración de la existencia de Dios. (años más tarde denominada por Kant prueba ontológica) Anselmo en breve palabra plantea una demostración de Dios que tiene como partida la misma definición de Dios. La prueba ontológica de Anselmo está justificada en la noción que tienen las personas de la idea de ser supremo, todos tienen una noción de Dios. Al aceptar la primera postura, todos conciben que tal idea de Dios es un ser del cual es imposible pensar en otra idea que sea mayor que él, *maximo ens*. Si se cree en la idea de Dios como se expone anteriormente, se llega a una conclusión y es que Dios necesariamente existe, pues una idea es más real en existencia que en pensamiento, dice Anselmo. A su vez, el planteamiento cartesiano, se fundamenta también en la noción de existencia, al igual que el anselmiano, al demostrar que la existencia no puede ser separada de la esencia de Dios, llegar a pensar a un ser perfecto como Dios independiente de la existencia, sería lo mismo que concebir la idea de una montaña sin valle “de suerte que no

hay menos repugnancia en concebir un Dios, es decir, un ser soberanamente perfecto, al cual falte la existencia, es decir, alguna perfección que en concebir una, montaña sin valle” (Descartes, 2005, p. 134).

A un primer golpe de vista, parece que encontraríamos más semejanzas que discrepancias dentro de los dos postulados, pero, al contrario, se enmarca una dicotomía entre las dos postulaciones, la demostración de Anselmo recae en el pensamiento, es decir; si pienso y concibo esta idea de Dios en mí debo aceptar la existencia de Dios. Pero Anselmo cae en un error según los postulados cartesianos y es que en su idea de intentar presentar una demostración racional de Dios, cae en una irracionalidad o mejor dicho comete el error de dejar su demostración más a la fe que a la razón, al no comprender los límites de la razón humana, pues dicha concepción no puede residir en el pensamiento, ya que la idea de Dios supera el cogito como se había dicho anteriormente “Sin embargo, esa idea ni se corresponde con ninguna determinación de la esencia divina, sino que se corresponde, más bien, con una incorrecta objetivación del límite mental” (Balibrea, 2000, p. 60).

Al contrario de Anselmo, Descartes establece la idea de Dios como fundamento del sum, porque la existencia no puede ser dada externa al pensamiento de Dios. Por esta razón, es que se considera a Descartes como uno de los pioneros del pensamiento racionalista de la modernidad, preponderando la racionalidad por encima de la fe que mantenía condicionado el pensamiento humano. La idea de Dios durante el transcurso de la historia es considerada un problema referente a los estudios metafísicos, cosa que supera los estudios de la razón, aun así, Descartes pretendía fundamentar su teoría desde la aplicación de un

matematisismo racional que permitía constituir a Dios como el máximo axioma de los campos científicos, que posteriormente iban a dar fruto en la modernidad. Por ende, Descartes empezaba con la primera demostración de amoldar la idea de Dios como el plano que constituía la ciencia. La existencia es uno de los atributos de Dios, dice el filósofo francés, y no puede pensarse la idea de Dios sin estar anclada a la de existencia, es decir, nos demuestra que la naturaleza de Dios es existir, esta idea es sacada de la idea que se encuentra en nosotros de un ser perfectamente perfecto y solo llegar a considerar la idea de Dios, la conclusión debe ser que existe, por el contrario, no estaríamos hablando de un ser perfecto.

No se trata de que mi pensamiento pueda hacer que eso sea así y confiera a las cosas una necesidad, sino, al contrario, es la necesidad de la cosa misma, a saber, de la existencia de Dios, la que determina a mi pensamiento a concebirla de esa manera. Pues yo no soy libre de concebir a Dios sin existencia, es decir, un ser sumamente perfecto sin una perfección suma, pero sí soy libre para imaginar un caballo sin alas o con alas. (Fernández, 2001, p. 96)

Una de las críticas más relevante que surgió en contra de la postulación de la existencia de Dios, recae en la estructura que se emplea en las *meditaciones metafísicas* considerando que el filósofo francés desarrolló la demostración de la existencia del hombre antes que constituir la existencia de Dios, quien es la base de su sistema. En el texto *Dios, su existencia* de José Luis Fernández Rodríguez (2001) el autor plantea la demostración del *cogito, ergo sum* como aquella primera verdad a la que llega Descartes “Pero sería bueno subrayar que consolida la idea a costa, una vez más, de dejar al margen a Dios, porque la

claridad y la distinción del *cogito* pueden en ese momento más que Dios” (Fernández, 2001, p. 7).

En este apartado estamos en desacuerdo con Fernández, porque Descartes no prescinde de Dios para demostrar la existencia del *cogito*, aceptar tal propuesta es caer en la negación del planteamiento teórico cartesiano al ser un postulado circular. Descartes nunca prescinde de Dios para demostrar la existencia del *cogito*, lo que hace es dejar constituida su existencia, antes de poder iniciar cualquier estudio perteneciente al conocimiento humano y habiéndose desprendido de los sentidos que es la vía que tienen los hombres para validar la existencia real de algún objeto, debe el filósofo francés demostrar que aquel que está empleando dicha reestructuración del conocimiento existe, sin asegurar la existencia no tiene sentido continuar.

Es difícil objetar a estas críticas de la circularidad del planteamiento cartesiano porque a ellas se unen las críticas de los encargados de la segunda objeción, pues ellos también encuentran esta falencia argumentativa que en realidad no deja muy bien parado a Descartes pues todo intento de refutar podría llevarnos a continuar cayendo en una circularidad de la cual no habría salida. La circularidad supondría un triunfo de la fe y la espiritualidad sobre la racionalidad bajo la cual intenta descansar el desarrollo teórico cartesiano ¿Cómo superar esta circularidad a la que llega descartes según sus detractores? Desde un punto de vista más racional y moderno podremos objetar a estas críticas que Descartes supera esta concepción desde el mismo *cogito, ergo sum*, que no necesita de ningún acto de fe si no de racionalidad y que no transita por ningún camino metafísico ni de fe, solo es superado por el mismo peso de la existencia de sí mismo.

No obstante, la respuesta a tal crítica creemos haberla encontrado en la constitución de la moral provisional, donde se presentó ya una postura de la aceptación de un ente supremo que regía su forma de vivir y, por lo tanto, ya existía una postulación de la idea de Dios antes de las *meditaciones metafísicas* que se puede evidenciar en el libro *discurso de método*. La moral provisional, trae consigo una máxima que nos lleva a concluir que Descartes entendía que existía una idea sin cual no podría sobrevivir su planteamiento si se aplicase la duda. A palabras de Descartes (2010) la máxima consistía en: “Seguir las leyes y las costumbres de mi país, conservando con firme constancia la religión en que la gracia de Dios hizo que se me instruyeran desde niño” (Descartes, 2010, p.51). La idea principal que sobre sale de esta máxima es la idea de Dios, por ende, la idea de Dios será la única idea que presentó Descartes con certeza y de la que no es permitido dudar, pero si es necesario comprobar de manera razonable la existencia del mismo, mas no dudar de su existencia, lo que hace Cartesius es exponer de manera razonable dos demostraciones que llevarían a los ateos a considerar necesariamente a Dios como existente sin objetar, pues la demostración es para el filósofo francés tan clara y evidente que no admite paso a la duda. Esto respondería a las críticas presentadas por los autores en las *objeciones* a las *meditaciones metafísicas*.

Siendo así, Cartesius crea una jerarquización de las ideas, (primero la idea de la demostración de Dios y segundo la existencia de sí mismo) pero dicha jerarquización nos enmarca el camino del método, al presentar desde la limitación misma del hombre por su imperfección el camino que debe emplear el método para disminuir la imperfección, es decir; el método es la base segura que ayuda al hombre a llegar a ideas claras y distintas y

de igual manera, disminuir el defecto de imperfección del hombre que lo lleva a caer en constante error. El método es entonces un conducto entre el hombre y la verdad, lo que quiere decir, que dentro del método se encuentra anclada la idea de Dios, al ser Dios garante de verdad en la filosofía cartesiana, lo que lleva a Dios a estar intrínsecamente en la estructura del método cartesiano.

Al aplicar el método a cualquier campo de investigación, para alcanzar en lo más posible la perfección de la verdad al igual que en las demostraciones matemáticas, por eso, Cartesius amolda la estructura de las matemáticas a su sistema para darle simpleza y veracidad. Dios se convierte en el fundamento del método, puesto que sin Dios el método pierde veracidad y finalidad, al entender que no se podría fundamentar un método en la búsqueda de la verdad sin entender quien constituye la verdad y hacia qué fin intenta escalar, por lo cual, la idea de Dios es necesaria para la unificación de la ciencia desde el método. Por lo tanto, la misma idea de Dios en el estudio cartesiano comprende la unificación de las ciencias en un campo denominado ciencia universal, pues todas las ciencias desde la aplicación del método pretendían ser constituidas desde la verdad y la verdad se encontraba en Dios, si se desprende la idea de Dios de la filosofía cartesiana se derrumbaría el sueño de la unificación de la ciencia, pues no existiría un centro que fije las mismas meta para las ciencias en su búsqueda de constitución de verdad, Dios es principio y finalidad de las ciencias en la filosofía cartesiana.

La estructura del matematicismo cartesiano conlleva a una ciencia universal, esa era la pretensión del sueño cartesiano, pero el matematicismo nace de la aplicación del método en los estudio metafísicos y principalmente en esa primera demostración de Dios, sin esas

dos demostración de Dios no sería posible pensar en el método científico para la ciencia moderna, pues Dios instauró la posible aplicación de un método para la ciencia, superando así la misma exactitud de las matemáticas, lo que da en el pensamiento cartesiano mayor exactitud a la idea de Dios. En la caída del cartesianismo desde su no explicación de la relación cuerpo, mente que permitiera demostrar que existe una unión entre estas entidades, se pasa de un problema metafísico a una explicación física, sin entender la dicotomía que residía entre los dos campos de estudios. Ese fue el principal problema de la aplicación cartesiana del método en la metafísica, no entender que un método racional el cual intentaba aplicar a las ciencias, no podía responder a todos los problemas que superaban los límites de la razón.

Cuando Cartesius habla del error entiende los límites de la razón al comprender que el hombre al ser una substancia imperfecta aspira a una perfección, gracias a la voluntad ilimitada que hace parte de nosotros y la cual, es efecto de una causa llamada Dios, que nos hace semejantes a él, pero al estar sujetos a una imperfección nuestra voluntad se vuelve imperfecta y anhela cosas que nuestra finitud no nos permite llegar a conocer. Por ende, Descarte describió los límites propios de su estudio científico, pero cometió el error que tanto criticaba en la pretensión de alcanzar e instaurar los principios del conocimiento, violentó los límites de la razón no entendió que su voluntad fue más allá de los límites de una substancia finita. No es que este mal la pretensión cartesiana, puesto que, el método intentaba servir como estructura investigativa en la ciencia y había permitido la demostración de dos máximas, entre ellas la existencia de Dios, pero cuando se volvió incapaz de dar explicación a un principio que no actuaba bajo los efectos de la causalidad, su sistema se volvió inestable, por una pretensión que supera los estados físicos y se

convierten en problemas metafísicos. Lo cual, no quiere decir, que la implementación del método fuese un fracaso, por el contrario, es la única vía efectuada en el medioevo, que solventó los principios de una verdadera ciencia exacta, su pretensión supera los límites de un método racional, no obstante, instaura las bases de un sistema aplicado para las ciencias.

La concepción de Dios cartesiano, permite entender los objetivos principales de la modernidad, catapultando la ciencia como el campo que permite el verdadero contacto objetivo con la realidad y corrobora que el verdadero actuar científico necesariamente debía estar entendido bajo la estructura de un método que funcione como garante y proximidad hacia la verdad. La finalidad de la nueva ciencia moderna y la concepción de Dios cartesiana como lo hemos venido mostrando durante el trascurso del estudio, responde a un mismo postulado para la estructura investigativa, servir como la única vía que conduce hacia el verdadero camino que permite solventar los enigmas que rodean la existencia humana, solo mediante la ciencia y la idea cartesiana, se aseguraba el verdadero conocimiento positivo. En la modernidad la ciencia dicta el único camino para solucionar los problemas que aquejan el espíritu humano y se convierte en el único campo que asegura la verdad. Por su parte, el concepto cartesiano jugaba el papel de garante de la ciencia, solo Dios determinaba el camino del método, porque en él estaba comprendida la esencia de la ciencia y la perfección, en la modernidad solo la ciencia dictamina el camino del conocimiento humano porque en ella está comprendida la esencia de la verdad y desde la ciencia es posible constituir al igual que en el cartesianismo con la idea de Dios las bases de un conocimiento seguro.

Conclusiones

El presente estudio intenta acercarse a pensar y aspira a comprender la idea cartesiana de Dios como un elemento poderoso en el tránsito de la edad media y la irrupción de la edad moderna. El cambio de sentidos que Descartes imprimió a la conceptualización de Dios generó un giro distinto y se convirtió en base epistemológica y sustento de los nuevos rumbos políticos y socio-económicos y culturales de su entorno más allá de la vigencia en el entorno mismo de la ciencia. La nueva concepción del ente supremo, por parte de René Descartes, supera la realidad medieval y se instaura en los cimientos de una modernidad racional donde los espectros de la metafísica son desechados por no constituir razonamientos certeros y divagar en la especulación, es decir, por no obedecer las reglas de un método racional, el “*credo ut intellegam*” encuentra su punto final en este giro epistemológico generado por el pensamiento cartesiano. No obstante, el principio metafísico de Dios como ente supremo compone un paso para la filosofía moderna y, por lo tanto, aporta una nueva perspectiva para entender por qué Descartes constituye un camino para la modernidad y la importancia de su aporte para los posteriores estudios filosóficos modernos.

El anterior estudio se enmarca en la estructura de la historia de la filosofía, pues refleja un posible rastreo del concepto de Dios como base para analizar los posteriores estudios modernos y las posibles secuelas que la concepción expuesta manifiesta en los planteamientos posteriores. Si bien, Dios parece en la historia de la filosofía un problema referente a lo medieval, es posible que a partir de este tipo de estudios se esclarezca la comunicación sobre la idea de realidad perfecta, infinita y verdadera propuestas por Descartes en sus tres sustancias. Cuando Descartes privilegia la idea o sustancia de Dios

está proponiendo un “arranque” de la nueva investigación, un punto de partida organizado en pasos determinados y desconfiados de cualquier ápice de azar o duda. La filosofía moderna se instauró a partir de nuevos enfoques metafísicos aun renegando de la misma y justamente por esto mismo, este nuevo universo mental necesitó de los contextos propios del autor que elegimos para esta investigación.

El concepto de Dios cartesiano, permitió entender los objetivos principales de la modernidad, catapultó la ciencia como el campo que permite el verdadero contacto objetivo con la realidad y corroboró que el verdadero actuar científico necesariamente debía estar entendido bajo la estructura de un método que funcionara como garante y proximidad hacia la verdad. La finalidad de la nueva ciencia moderna y la concepción de Dios cartesiana, como se mostró durante el trascurso del estudio, responden a un mismo postulado para la estructura investigativa, servir como la única vía que conduce hacia el verdadero camino que permite solventar los enigmas que rodean la existencia humana, solo mediante la ciencia y la idea de Dios cartesiana, se aseguraba el verdadero conocimiento positivo. El concepto cartesiano juega el papel de garante de la ciencia, solo Dios determinaba el camino del método, porque en él estaba comprendida la esencia de la ciencia y la perfección. En la modernidad la ciencia dicta el único camino para solucionar los problemas que aquejan el espíritu humano y se convierte en el único campo que asegura la verdad que ahora se convierte en senderos de certezas.

En vez de ser eliminado, Dios fue ‘reutilizado’ por la modernidad, y en especial, en la modernidad cartesiana, Dios no podía quedar fuera del esquema o del guion que pretendió fundar los nuevos cimientos del conocimiento. Descartes nos dio a pensar en la cuestión

sobre la búsqueda y hallazgo efectivo del conocimiento a partir y con la finalidad de suplir la naturaleza de lo más real, de lo más grande que podamos pensar, de Dios. Para Descartes el nuevo camino del conocimiento se deduce a partir de su método desde la idea de Dios como realidad absoluta. Por momentos Descartes presenta como sinonimia a la ciencia y a Dios, dos palabras, dos conceptos que adoptan el tinte epistemológico realista o racional realista, fundamento de muchos de los debates contemporáneos en ciencia y filosofía. El realismo al modo de la epistemología del siglo XX apunta no a desproveerse del presupuesto metafísico que en últimas señala no qué son las cosas sino cómo funcionan, sino a mantenerlo como 'líneas imaginarias' para poder regresar a 'terreno seguro' y no perder el acumulado del proceso de investigación. Descartes todavía seguía preso del escolasticismo y así como no podía pensar el vacío y su idea de infinito no tenía que ver con lo que no tenía fin, sino más bien con lo más perfecto y premeditadamente determinado. Fue Newton quien dejaría de estimar las "esencias" siguiendo en esto a Galileo para concentrarse en los fenómenos. El Dios cartesiano es una idea de lo infinito racional, lo infinito no es en Descartes vacío, porque es un hombre anclado en la consideración matemático racional y mecanicista de los fenómenos del mundo. Su universo no admite el vacío, pero sí el infinito y, no obstante, este mecanismo es determinado. De ahí que en Descartes podamos afirmar que convergen las posturas que siglos después se desenvolverán independientemente y tomando diversas variantes esto es, diferentes posiciones epistemológicas en relación al estatus del conocimiento. En la epistemología cartesiana observamos cómo una fundamentación del conocimiento moderno depende de la articulación entre Dios y la racionalidad como dos fuentes primordiales para hablar del conocimiento humano, dejar de suponer que el conocimiento humano nace simplemente de la implementación de ciencias exactas que permiten fundar sus principios y comprender

que la idea de Dios presentó las bases para hablar de un verdadero conocimiento humano, pues gracias a tal planteamiento se permitió la reestructuración del conocimiento y ayudó a sentar base de lo que hoy conocemos como la epistemología.

Las pretensiones cartesianas se pueden denominar como el sueño del primer positivista de la historia, sus fundamentaciones del conocimiento verdadero solo podrían ser dictadas en el estudio de las ciencias, en ese sueño de establecer los campos investigativos en una ciencia universal. El cartesianismo constituyó el camino que debían emprender las ciencias modernas si querían asegurar un estudio sólido para el conocimiento humano, el método es entonces el punto de quiebre de los estudios científicos del medioevo, sin él, no se podría dar un giro al nuevo enfoque científico que resaltaba la racionalidad como centro de estudio. Cartesius es el primer en hacer una desterritorialización de la ciencia medieval, reestructurando su sistema a partir del método científico, con lo cual abre la perspectiva de la ciencia a explorar la investigación bajo otras disposiciones. El sueño cartesiano tiene como fundamento un estudio gnoseológico que establecía las bases de una ciencia universal desde una pretensión racional, el estudio cartesiano postulaba los principios de una nueva ciencia moderna, que se encontraba articulada con un estudio antropológico. La fundamentación del *cogito, ergo sum* constituyó el verdadero paradigma de estudio y creó la nueva subjetividad, la nueva era, la nueva modernidad. Las fronteras entre fe y razón establecidas en la edad media construyeron el iceberg entre los conocimientos y la razón, por el contrario, los nuevos tiempos se convertirían en la brújula que señalaba la dirección de la ciencia hacia un estudio antropológico, estableciendo los límites del hombre en la investigación científica.

El principio de causalidad constituye todo el andamiaje del sistema cartesiano, desde la primera máxima (cogito, ergo sum) y a partir de su postulación parece desprenderse por un efecto causal de la idea de Dios como máximo sui ¿se fundamenta la nueva estructura científica del cartesianismo a partir de un principio metafísico como Dios? Si, la nueva estructura del pensamiento cartesiano se fundamenta desde un principio metafísico. Parece un poco dicotómico hablar de modernidad pensada a partir de la fundamentación de un principio metafísico, más aún, no se puede hablar de modernidad sin la constitución de tal principio, sino, no sería posible pensar la estructura de la ciencia para la modernidad.

El concepto de Dios no es simplemente un proceso metodológico que implementa Descartes para establecer su teoría en la edad media, por el contrario, sin la idea de Dios como eje de su sistema la veracidad de su método pierde el valor de rigurosidad, puesto que, se fundamenta en la concepción de Dios como causalidad para dar el matiz de autoridad que establece una jerarquización entre el orden natural de las cosas y el proceder de las mismas.

El fundamento de toda la filosofía cartesiana recae en el concepto de Dios, es el que constituye la esencia del sistema de ideas y el que abarca todo el concepto de ciencia, sin él no se podría explicar la estructura del matematisismo en el sistema cartesiano, porque es el que da el matiz de veracidad a la estructura del método. Es decir, el concepto de Dios abarca la esencia del campo científico, Dios se convierte en el fundamento que permite efectuar la unificación de la ciencia, puesto que, se convierte en el anhelo cartesiano de la verdad que está comprendida en la idea de ser supremo. Cartesius considera a su nueva concepción de Dios como garante de verdad, pero a diferencia de la idea de Dios que se sostenía el escolasticismo, el Dios cartesiano no efectúa un acto de presencia del orden

natural, si bien, el filósofo francés no logra desprender de los vestigios medievales de su pensamiento, si logra desterritorializar la idea de Dios del campo escolástico, no obstante, guarda los matices más importantes que constituyen la esencia de ente supremo. A diferencia del escolasticismo, la idea de Dios cartesiana se sitúa en la cima de la estructura del matematisismo, se convierte en la esencia de un mundo material y metafísico pero que no interviene más que como esencia causante. Por lo tanto, Dios se convierte en principio y final de la estructura cartesiana porque constituye la verdad y el camino seguro que debe emplear la ciencia para llegar a ella, eso fue lo que entendió la modernidad que para situar un verdadero conocimiento debían implementar un camino seguro hacia la verdad como el que permitía el concepto de Dios en la filosofía cartesiana.

El concepto cartesiano de Dios se articula con el estudio científico moderno y constituye la vía que conduce hacia una nueva concepción de Dios, que si bien, parece una implementación medieval el de hablar de la esencia divina, se desterritorializa la concepción de Dios de la edad media y catapulta su nueva concepción modulada en la razón. El eje de la irrupción filosófica cartesiana se debe en su gran mayoría a la nueva implementación de la idea de Dios como fundamento científico, yuxtapone los discursos empleados por la fe y proclama la razón como principio constitutivo de la esencia de su sistema de ideas, por lo tanto, Dios no dictamina el curso que debe seguir la investigación, ni los vacíos que se presenten en un problema pueden ser atribuibles a discurso divino, ni se puede hablar del método cartesiano sin pensar en Dios como principio. Dios es el campo investigativo en la estructura del sistema cartesiano, pero no responde a la solución de un problema, dictamina la esencia de la verdad por ser el eje del sistema cartesiano lo cual, se contraponen con la idea escolástica que presupone la idea divina como el interrogante ultimo

para dar respuesta a los problemas. La nueva implementación de la concepción de Dios por la filosofía cartesiana presupone un nuevo camino que dicta el curso de la investigación y la filosofía. Por lo cual, hemos de decir que la articulación del concepto de Dios empleado por Descartes se convierte en la constitución de lo que hoy se denomina ciencia, porque abarcaba el verdadero carácter de exactitud y contiene en si la esencia de la verdad, solo se puede llegar a la verdad mediante una aplicación demostrativa de un método, eso fue lo que comprendió la modernidad de la estructura cartesiana, solo se puede acceder a la verdad desde una aplicación de la ciencia a la realidad. Dios en el sistema cartesiano permite esa aplicación en la realidad y, por tanto, podemos asegurar que Dios es el campo de la ciencia de Descartes al entender que la verdad está comprendida en él y solo mediante su ida en el sistema cartesiano se entendió el carácter de veracidad que podría tomar la ciencia. El sistema cartesiano fundó el carácter moderno de la ciencia desde una aplicación del método en la realidad.

Referencias

- Descartes R. (1977). *Meditaciones metafísicas con objeciones y respuesta*. Madrid: Ediciones Alfaguara.
- Descartes R. (1995). *Los principios de la filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.
- Descartes R. (2003). *Reglas para la dirección del espíritu*. Madrid: Alianza Editorial.
- Descartes R. (2005). *Meditaciones metafísicas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Descartes R. (2017). *Discurso del método*. Madrid: Alianza Editorial.
- Alsina J. (2016). Descartes y los fundamentos filosóficos de la modernidad. *Revista crítica del presente*. (168) p. 9.
https://nodo.org/ec/2016/n168p09.htm?fbclid=IwAR1neQCRH_20ElekfdHWGKpswMYaOaE_-LmvdGMY9Ylzektn7Wx-9iFqqII
- Balibrea, M. (2000). El argumento ontológico de Descartes. Análisis de la crítica de Leonardo Polo a la prueba cartesiana. *Cuadernos de anuarios filosóficos* (106) p.p. 1-102. <https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/4019/4/106>
- Clarke, D. (1986). *La filosofía de la Ciencia de René Descartes*. Madrid: Alianza.
- Damasio, A. (1999). *El error de Descartes a Heidegger*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Dussel E. (2008). Meditaciones anti-cartesianas: sobre el origen del anti-discurso filosófico de la modernidad. *Tabula rasa* (9) p.p. 153-197.
- Educatina. (2012, 5 de mayo). Rene Descartes: Pruebas de la existencia de Dios [Video] YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=rGqHjrGlxuA&ab_channel=Educatina
- Fernández J. (2001). Dios su existencia. Málaga: *Cuaderno de anuario filosófico* (22) p.p. 1- 113. <https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/6330/1/22>
- Fronzini, R. (2011). *Descarte, Discurso del método*. Madrid: Alianza Editorial.

Gilson, E. (1973). *La unidad de la experiencia filosófica*. Madrid: Ediciones Rial, S.A.

González, A. Domínguez. Rodríguez, M. Fabre, O. Cubero A. (2010). La influencia de Descartes en el desarrollo del método anatomoclínico. *Elsevier Doyma*. (6) p.p. 374 - 377. <https://pdfslide.net/documents/la-influencia-de-descartes-en-el-desarrollo-del-metodo-anatomoclinico.html?page=4>

González C. (2020). Descartes contra la Iglesia católica, una lectura contextual de la metafísica cartesiana. Reflexiones marginales. (57) https://revista.reflexionesmarginales.com/descartes-contra-la-iglesia-catolica-una-lectura-contextual-de-la-metafisica-cartesiana/?fbclid=IwAR3z6mKK0q_C6LgrP3CTurNMw0KFFuosOgTN7tTnHqZr9fl5MU
[MedArfb4s](#)

Koval, S. (2011). Crítica al dualismo cartesiano. En: KubernÉtica. www.kubernEtica.com.

Recuperado el 24 de abril de 2020

Quispe H. (1996). Descartes y el escepticismo. *Areté revista de filosofía* (2) p.p. 293-307. <file:///C:/Users/UIS/Downloads/5204-Texto%20del%20art%C3%ADculo-19991-1-10-20130330.pdf>

Rodis – Lewis, G. (1971). *Descartes y el Racionalismo*. Barcelona: Oikos-tau.

Ryle, G. (1949). *El concepto de lo mental*. Barcelona: Paidós.

Sanz, V. (2005). *De Descartes a Kant. Historia de la filosofía moderna*. Pamplona. Eunsa

Schondorf, H. (1996). El papel de Dios en el pensamiento de Descartes. *Universitas philosophica*. (27) p.p. 109-130.

<file:///C:/Users/UIS/Downloads/adminpujojs,+Art%C3%ADculo+5>